

desde la literatura

Como perro

Hortensia Moreno

Al Oso

Uno

Luna llena. Luz azul a través del filtro de la persiana. Rayas de luz sobre la cobija. El cuerpo de David. Puede que ya sean las cinco de la mañana. O será igual que ayer: sólo las tres o las dos. El tiempo no transcurre parejo. Tal vez levantarse. Ir a la sala, encender la luz, acomodarse en el sillón y agarrar el libro. En cuanto lo abra, me va a dar sueño. Se me van a cerrar los ojos. Se me va a caer la cabeza. Se me va a torcer el cuello. Así ocurrió a las once de la noche. David dijo: "no te hagas, ya te vi: te estás durmiendo. Mejor vámonos a la cama". Hace calor. El duerme como un oso. No duerme: hiberna. Duerme bocabajo, abandonado a la gravitación. Una caricia sobre el lomo peludo del oso. No se entera de nada. Duerme de un tirón toda la noche sin interrupciones. Los dedos entre la tersa pelambre. La piel un poco húmeda, el ritmo pausado de su respiración. A lo lejos, una sirena. O un maullido. O el llanto de un niño. Algo golpea el muro por afuera, tal vez un cable suelto. El viento zumba por una rendija. Algún imbécil no se ha enterado de que la alarma de su coche lleva media hora sonando. Pasos en el departamento de junto, una puerta se cierra. Algo cae, objetos menudos, arena, sobre el tejado. El agua por la cañería. El refrigerador. El móvil de ónix en la terraza. Un perro aúlla. Otro le contesta con un ladrido seco. El primero replica indeciso. Uno más interviene en la conversación. Se quedan un rato callados. Vuelven a empezar: un ladrido grave, uno profundo, uno agudo, lastimero. Otra vez los tres, pero son los mismos tres inconfundibles, cada uno en su turno. En el fondo, por la parte de atrás, otro más responde con un ladrido a su vez distinto. Cinco o seis cuerdas más allá otro más y así hasta los confines

de la colonia, de azotea en azotea, hasta que el mensaje se transmita por toda la ciudad, cumpla el ciclo y vuelvan a empezar los perros vecinos. Ya. Debo de haberme quedado dormida -¿serán ya las cinco?- porque soñé con agua y una escalera. ¿Qué diferencia hay entre un sueño y una pesadilla? El sueño puede ser indiferente o gozoso. El resplandor de la luna por la persiana. A David no le gusta que la cierre por completo; ni siquiera sé si es capaz de producir una penumbra total. David teme quedarse dormido y llegar tarde. Quiere que lo despierte la luz del sol. A mí me despierta la luz de la luna, la luz del alumbrado público, la luz del departamento de enfrente, la luz del coche que pasa, el resplandor del cielo. Muchas mañanas miro el amanecer desde la cama, el lento clarear. Duermo a ratitos todo el día. Como un perro.

Dos

Antes no le tenía miedo a los perros. No le tenía miedo a nada. No tenía miedo de perder el equilibrio ni de ahogarme en el mar. Todo empezó con los perros. Me mordió una perra rabiosa. Antes no le tenía miedo a una cuadrilla de perros. Hay muchos perros por aquí: verdaderas jaurías. Los perros son animales gregarios. Los miro tomar el sol por la mañana. En la esquina siempre hay cuatro o cinco. Se ponen a un lado del puesto de tamales. Tal vez la gente los alimenta. Este lugar estaba desierto de casas cuando nos cambiamos a vivir aquí. Detrás del edificio no había nada: un inmenso baldío del que no se veía el fin. Creo que ahí atrás vivían colonias de perros. No sé cuánto necesiten para vivir, tal vez muy poco. Comen cualquier cosa: sobras y basura. Mi primo Luis, el geógrafo, dice que domesticamos a los lobos dándoles de comer los cadáveres de nuestros muertos. Eso fue hace doce mil años, mucho antes de enterrarlos o quemarlos. Antes de inventar la civilización. Nuestros primeros funerales: ¡hey, Fido! Todos los perros descienden de los lobos: hasta los chihuahueros. Hasta el *french poodle* enano del piso tres, con su colita terminada en pompón, hasta ese perro cursi. A lo mejor los ixcuintles descienden de los coyotes. Pero dice Luis que no: sólo de los lobos. De esos lobos que devoraban nuestros cadáveres. Ellos nos resolvían un problema a nosotros, y nosotros uno a ellos. Ahí empezó esa larga asociación. Dice Luis, yo no sé. En todo caso, no se puede comprobar. Los veo tomar el sol por la mañana, junto al puesto

de tamales. No son perros de raza. Son perros de colonia pobre, porque en las colonias ricas no hay perros sueltos en la calle. Si estos perros de la calle fueron alguna vez elegantes, ya se les olvidó el *pedigree*. Rabos curvados hacia arriba. Orejas gachas. Pelambres amarillas, negras, grises, pardas, pintas. Perros sucios, sarnosos, miserables. Toman el sol instalados en la pereza despreocupada de la impasibilidad. Nunca tienen prisa. Pero cuando alguien se acerca a desayunar, se vuelven amistosos y serviles.

Esperan a que terminemos de comer con los ojos vidriosos y la mirada hacia arriba; esperan a que alguna migaja resbale de la hoja de elote donde comemos nuestro tamal. Esperan ese envoltorio que rezuma grasa para lamerlo humildemente. Esa banda de perros es la que asalta nuestros botes de basura. Se meten por debajo de la reja y vuelcan los botes. Sacan las bolsas de plástico y las rompen. Un asco. Los perros son capaces de comer cualquier inmundicia.

Tres

Por aquí, a veces se juntan muchos más: veinte o treinta. En época de celo. Veinte o treinta perros de todos tamaños, edades, pintas y colores. La imagen misma de la concupiscencia. Se mueven todos juntos con gran alborozo. No son discretos, los perros. Se persiguen unos a otros. A veces juegan, a veces pelean. Suenan ladridos, gemidos, jadeos. Tratan de aparearse con el que tienen al lado y ése protesta. Persiguen el perfume de alguna hembra: las feromonas. Aunque tal vez ése sea sólo el pretexto para su celebración de perros en celo, de multitud movida por el instinto. Una vez, hace mucho, se me acercaron demasiado. Iba por un camino e interrumpí su territorio. El territorio provisional que iban formando a su paso. Se me acercaron. Uno se paró sobre las patas traseras y apoyó las delanteras en mi brazo. No me asustó demasiado. A los perros hay que hacerles frente. Saben quién manda aquí. Es suficiente con enarbolar algún objeto largo sobre la cabeza, el periódico o algo. ¡Sáquese, que! O levantar una piedra. Es suficiente el ademán de alzar el brazo o agacharse como quien recoge algo del suelo. En seguida retroceden. Otro ademán retador y echan a correr. Hice eso: levanté mi cuaderno en actitud amenazante y el perro retrocedió. No hay que tenerles miedo. Porque los perros huelen el miedo. El olor del miedo es

tan intenso como el efluvio de las hembras. Les pica la nariz. Se les mete hasta el fondo del cerebro. El olor del miedo los enloquece. Si lo perciben, ya nada los intimida: atacan. Ciegamente atacan. Se termina toda superioridad, porque estrictamente hablando, un perro puede ser más fuerte, más poderoso que casi cualquier humano. Más hábil para la lucha. Están mejor dotados. A los pocos instantes de una confrontación, el humano sangra. El perro utiliza olfato, músculos, uñas, dientes, agilidad, velocidad. El instinto le dice dónde morder. Un perro salta a la yugular. Pero tiene que estar enloquecido. Tiene que sentirse completamente invadido. Hay que haber traspasado su área de defensa. Y hace falta transpirar el olor del miedo.

Cuatro

Me gustan los perros. Los admiro, los amo. Desde la más tierna infancia. Como todos los animales, me mueven la fibra de la misericordia: tan desamparados aquí, a nuestra merced, desprovistos de todo, condenados a servirnos sin atreverse a protestar. Tal vez si hubiera convivido desde chica con iguanas y cefalópodos, sentiría por ellos un aprecio igual al que me inspiran los perros. Estoy segura de que puedo leer su mirada. Cuando camino por la calle y alguno se me acerca, procuro no mirarlo a los ojos. Adelanto el paso y finjo indiferencia. Hago como si no lo viera. De otra forma, establecería con él una relación. Es infalible: lo mira una a los ojos y se llena de una felicidad absurda. Empieza a revolotear alrededor y todo es menear la cola y tirar lengüetazos a lo loco, como si hubiera encontrado a su perdido amor, a su antiguo y predestinado amor. Y la sigue a una a donde vaya, anda al mismo paso, levantando las patas como caballo de exhibición. De pronto trae un perro, como si el perro fuera de una. Como si lleváramos viviendo juntos toda la vida. Ya todo es fidelidad y alegría. Se me parte el corazón. Una vez regresaba a casa muy tarde. No recuerdo por qué, preferí caminar por una avenida ancha. Se me arrió un perro. Era joven. Simpático. Lo miré y se enamoró de mí inmediatamente. Me acompañó hasta la puerta del edificio. Mientras andábamos en el peligro de la noche (pero yo no tenía miedo entonces), yo le iba explicando mi situación, con toda honestidad: mira, no puedo, no puedo tener animales. Vivo en un departamento pequeñito. No serías feliz. Estaríamos muy

incómodos, todos. David, el oso, no te aceptaría, estoy segura. Pero además yo sé que los perros necesitan luz, aire, compañía, y yo trabajo, estoy todo el día fuera, te quedarías solito y los perros sufren cuando están solos. Lo siento mucho. Pero él no me hacía ningún caso. Seguía junto a mí como si nada, como si replicara: no me digas que es por mi bien. Me miraba con esa sonrisa que tienen los perros y que no tiene ningún otro animal (aunque no lo sé de cierto; tal vez los cefalópodos...) y me cambiaba en seguida la conversación: Hey, mira ese árbol, leía yo en su pensamiento, en sus ojos brillantísimos. Iba corriendo hasta el árbol, dejaba su firma de macho territorial y regresaba junto a mí, ¿viste? Yo insistía: No puedo con un perro. No podría yo con todos los perros que me encuentro por la calle y me hacen ojitos. ¿Te imaginas qué caos sería mi vida si me dedicara a adoptar a cuanto perro apareciese en mi horizonte? No creas que no me caes bien; de hecho, me caes mejor que muchos humanos. Es más, me caes mejor que la mayoría de los perros. Me encantaría adoptarte. Pero es imposible. él no se daba por aludido y seguía en lo suyo. Una sombra se movía por ahí enfrente. él se detenía, se erizaba, levantaba las orejas (unas orejas agudas) y se acercaba sigilosamente a la sombra, delante de mí, por supuesto, para protegerme. Gruñía, enseñaba los colmillos, daba dos o tres ladridos de advertencia como diciendo: ¿acaso creen que viene sola? No se atreven a acercársele. Y luego regresaba orgulloso a indicarme que el camino estaba franco. ¿Viste?, los traigo a raya. Tú ni te preocupes. Me sentía efectivamente protegida. Seguimos paso a paso el camino hasta mi puerta. No te estoy pidiendo *t-bone steak*, con croquetas me conformo, de esas que venden por tonelada en el súper, baratas, leía yo en su mirada inteligente. Y si no tienes ni para croquetas, el sustento me lo consigo yo por mi cuenta. Hasta te consigo algo a ti, si no eres demasiado quisquillosa. No es por eso, insistía yo. Es un problema de espacio. Pero él no escuchaba. Cerca de la entrada del edificio, empecé a temer que se pusiera necio. O violento. Que no me dejara entrar, que se metiera a la fuerza. Y si no se metía conmigo, que se quedara en el quicio de la puerta durante toda la noche gimoteando, aullándole a la luna. Debo entrar rápido, pensé. Antes de que se dé cuenta. Frente a la entrada, lo miré por última vez. A los ojos. Adiós, Chucho, le dije, ya me tengo que meter. Todavía brincoteó un poco, con gran meneo del rabo, era extremadamente simpático. No intentó nada: era la dignidad en perro. ¿A poco creías?, me pareció oír que me dijo: No, yo ando por mi cuenta, no

quiero compromisos. Abrí la puerta, entré y cerré. Estuve unos segundos ahí, recargada en la pared, adivinándolo del otro lado. Debe haberse ido al poco rato. No lo he podido olvidar.

Cinco

Como todo el mundo sabe, el de los hombres lobos es un delirio colectivo. No es sólo que el afectado crea con firmeza en su metamorfosis: la comunidad entera presencia la magia inefable de su transmutación, teme horrorizada el contagio y persigue a la bestia con crueldad. Existe la teoría de que los *versipellis* eran tan sólo personas comunes, infectadas por el virus que provoca la hidrofobia. Como todo el mundo sabe, la inoculación se produce cuando un animal de sangre caliente (como el *homo sapiens sapiens*) es atacado por uno enfermo —de la misma manera en que se transmite la licantropía—, pues el virus pulula en la saliva del animal rabioso y se introduce en la herida fresca. El mal incuba durante cuatro semanas —el ciclo lunar— y se manifiesta como una irritabilidad maligna, pues ataca el sistema nervioso central. Durante las primeras etapas, el animal enfermo es aún más peligroso, porque parece sano y puede aparentar que es amistoso, pero morderá a la primera provocación. Por ello se recomienda desconfiar de los animales salvajes que aparentan ser mansos y se acercan a los humanos en plena luz del día. Como todo el mundo sabe, la enfermedad es fatal —excepto para cierta especie de murciélago mexicano, habitante de las zonas semidesérticas del Altiplano, que se alimenta de la sangre del ganado y muy rara vez ataca a la gente; sus ataques provocarían, sin duda, ciertas reminiscencias no del todo ajenas a la leyenda del licántropo quien, como el vampiro, muere cuando penetra en su cuerpo una bala de plata—. El síntoma de la hidrofobia consiste en repetidos episodios durante los cuales se contraen dolorosamente los músculos de la garganta en el intento de deglutir. Este síntoma puede ser provocado por la mera visión del agua, porque el enfermo asocia en su cabeza la imagen del líquido con el acto de tragar. Antes de que se desarrollaran los tratamientos inmunológicos, la muerte por rabia era segura. Todavía hoy, si la vacuna no se administra antes de que comiencen los síntomas, al paciente le espera una muerte espantosa. Lo más aterrador del *loup garou* seguramente era que su rabia lo condujese a atacar a los demás, lo cual provocaba la diseminación irresistible de esa muerte. La fanta-

sía que acompaña los hechos es, por otra parte, poética. Aunque me encanta esa película de John Landis que se llama *An American Werewolf in London*, el día que me explicaron los efectos del virus deseé ardientemente que me vacunaran: la muerte sobreviene ordinariamente entre tres y cinco días después de la aparición de los síntomas. Si se administra inmediatamente después de la infección, la vacuna puede ser efectiva para combatir la enfermedad. Sin embargo, es conveniente, en la medida de lo posible, estar seguros de que la persona a quien se va a administrar la medicina está infectada, porque en muchos casos, la reacción a la vacuna es casi tan severa como la propia enfermedad. De la perra que me mordió se podían tener pocas dudas, porque esa misma noche atacó a 27 personas más. Iba yo caminando despuesito de la puesta del sol, a esa hora que se llama "entre perro y lobo" porque la luz del día ya no alumbraba y la luz artificial todavía no sirve para ver, cuando apareció la perrita como de la nada para encajarme los colmillos en una pierna, rasgó el pantalón y no parecía estar dispuesta a soltarme. Eso dolió. Mi reacción, tardía, fue darle con mi bolsa y sólo así me dejó. Desapareció otra vez en la penumbra. Unos pasos adelante, unos jovencitos aterrados, agazapados a la vuelta de la esquina, me abordaron: les acababa de ocurrir lo mismo. Vámonos al antirrábico, les dije. Ahí nos encontramos con otras víctimas. Ya se había organizado una cuadrilla para capturar a la bestia, pero sin luz iba a ser prácticamente imposible encontrarla. Nos lavaron las heridas con jabón y cepillo, nos pidieron una descripción detallada de la perra y anotaron todos nuestros datos. Al día siguiente me llamaron por teléfono por la tarde: la cuadrilla había perseguido a un animal de pelambre blanca y negra, de talla mediana, de raza indefinida, hembra. No la habían matado ellos, sino un automóvil cuando la bestia intentó atravesar una avenida. De inmediato habían llevado su cerebro al laboratorio y ahora sabían a ciencia cierta que, en efecto, estaba rabiosa. Me tenían que vacunar. Para mi fortuna, el tratamiento más común, que se administra en quince dosis inyectadas en la barriga o en la espalda, estaba agotado, y me tuvieron que poner una inyección francesa, intramuscular, en sólo cinco dosis. Me dolió más el suero antitetánico. El tétanos provoca una muerte tal vez más horrible que la rabia, que además no tiene ningún prestigio poético.

Seis

La transfiguración del licántropo no es una posesión demoniaca sino una mutación: la persona adquiere las características del animal. En los lugares donde no hay lobos, el folklor local registra transformaciones en otros animales: osos, panteras, lagartos. La idea de la afinidad entre lo animal y lo humano está muy extendida en todas las culturas: desde las brujas que se convertían en gatos negros y los cerdos de Circe hasta el tótem y el nahual. Delirio colectivo, literatura o superstición, lo cierto es que goza de universalidad inquietante. Si bien el contagio de la rabia puede explicar hasta cierto punto el pavor y el desconcierto que genera su mera ideación, el deseo de mimesis con los animales debe tener otras fuentes. Es bien sabido, por ejemplo, que la transmutación no obedece al azar, sino a un conjunto de reglas muy precisas, en primer lugar, de similitud: no cualquiera puede convertirse en cualquier animal, sino en su análogo; de ahí que la simpatía y el parecido jueguen un papel primordial en la conversión. En segundo lugar, como en todos los fenómenos que tienen que ver con la magia, es importante la predisposición; la tendencia es innata y se manifiesta con diversas señales que sólo los entendidos pueden leer. El licántropo es un predestinado: trae en su mismo ser la afinidad requerida para la transfiguración. En las noches de luna, durante los insomnios más severos, me pregunto, entre otras tantas necedades, qué clase de perro sería yo si me transmutara. Porque, indudablemente, en mi esencia está esa afinidad, y no la del lobo, el gato o la cebra. Lo sé de una manera elemental. En todo caso, si todos los perros descienden de los lobos, la transfiguración en perro sólo es una variante de la licantropía. En todo caso, he sido inoculada con el mal. Y si bien la medicina me pudo curar la enfermedad mortal, tal vez la magia sigue presente en mi cuerpo, aunque de alguna manera atenuada. Una serie de cambios sutiles, señales que no cualquiera podría descifrar. Imperceptibles tal vez desde afuera, pero evidentes para mí: por ejemplo, el insomnio se me ha vuelto un padecimiento crónico que se agrava en las noches de luna llena. Me pregunto, a veces, en ese estado semialucinatorio que precede al sueño, que tipo de perro sería yo si me transmutara. No sería un perro grande. Tampoco un *french poodle*. A lo mejor un maltés, blanco. Me pregunto si la penetración de la esencia del animal por un contagio específico será indispensable, o si bastará la predestinación. La afinidad. Como todo el mundo sabe, en condiciones favorables, el virus de la rabia queda

establecido en el sistema nervioso al propagarse por el tejido nervioso desde la herida hasta el cerebro. Cuando hay infección, la enfermedad suele desarrollarse entre la cuarta y la sexta semana después de la exposición, con variantes notables: el periodo de incubación puede variar entre diez días y ocho meses. En esas ocho crecientes y menguantes, la transmutación ¿será gradual, acumulativa? ¿O será súbita, inesperada? ¿Se irá manifestando en síntomas sutiles o estallará de un momento a otro en una metamorfosis total? ¿Será un delirio colectivo o solamente la locura lunática del insomnio? Tal vez ya sean las seis de la mañana y el amanecer es inminente. Dentro de un rato será hora de levantarse. O tal vez hayan transcurrido tan sólo unos minutos. Me habré quedado dormida. Unos segundos bastan para soñar un mundo. ¿Qué diferencia hay entre un sueño y una pesadilla? Ninguna, de forma, para el soñante. Es mejor soñar que estar despierta, no sé que hora es. No tengo miedo de contraer la rabia. Confío en la medicina francesa.

Siete

El oso despertó al contacto con mi inquietud. Olfateó el aire. Me abrazó. Me resistí por costumbre. Iniciamos una lucha ritual. Me di por vencida cuando me hizo reír. Su pelambre me envolvió y el aroma de su aliento era el único aire que yo quería respirar. Lo que siguió no se puede decir con palabras. Me despertó la humedad. Ya había salido el sol y pude ver el rojo color de la sangre. El médico forense atestiguó que sus entrañas habían sido devoradas minuciosamente. Me declaré inocente. No podían sino creerme.